pobre; siendo sus padres Patricio y Mónica, á quienes también la Iglesia cuenta en el número de los santos.

Desde muy joven comenzó los estudios en su patria y los siguió sucesivamente en Modacera y Cartago, en cuyo último pueblo, lejos de sus padres, y no escuchando más que la engañosa voz de las pasiones, se entregó á una vida licenciosa, perdiendo algunas en devaneos que más tarde le costaron lágrimas de arrepentimiento. Uníase á esta vida de relejación en las costumbres, su fanático celo por el maniquismo cuyo apóstol fué por espacio de algún tiempo, y que después combatió con todas las armas que le suministraban su vigorosa dialéctica, su persuasiva elocuencia, el odio que le inspiraba tan abominable secta.

Habíase ya robustecido y perfeccionado su entendimiento, con los estudios á que la obligaba su profesión de catedrático de retórica que desempeñó en su ciudad natal y en la de Cartago, Roma y Milán, cuando se verificó su conversión, conversión que según algunos escritores la atribuyen á los discursos de S. Ambrosio y los ruegos y lágrimas de Mónica, su madre, que cada día lamentaba más el desorden de sus costumbres.

De como se verificó su conversión, da noticia también el mismo santo en el mismo libro admirable que el mundo conoce con el título de las *Confesiones de San Agustín*. Un día, dice San Agustín, vino á visitarme Ponticiano, cristiano muy acreditado en la corte del emperador, y como hallase sobre mi mesa del joven disoluto: las *Epístolas de San Pablo*, celebró muy sinceramente y con grandes extremos que yo me consagrara á esa lectura. Aprovecho, pues, tan oportuna ocasión para hablar de Antonio, aquel piadoso solitario de Egipto, que principiaba ya á ser